

GLOBALIZACIÓN Y POSTCAPITALISMO

Dr. Diego Guerrero*

17

Introducción: la palabra y su significado

“Globalización” es uno de esos términos cuyo éxito en el lenguaje mediático es más comprensible que en el mundo académico. Gracias al surgimiento de un vigoroso movimiento “antiglobalizador” en todo el mundo, este término lleva camino de consolidarse por mucho tiempo, a diferencia de lo ocurrido con otras expresiones semejantes (como por ejemplo la “Nueva Economía”, que se hundió junto a la supuesta realidad que le servía de base). La globalización como cosa real es tan antigua como el sistema capitalista, pero lo que ha cobrado un impulso difícil de frenar –desde la caída del muro de Berlín y la vuelta del “capitalismo heterodoxo” de los países del socialismo real europeo al redil de la ortodoxia capitalista “occidental”– es el componente retórico de la globalización, que tiene mucho que ver con el objetivo contra el que apunta este artículo, que nos obliga a atender primero al lado retórico o político del asunto y sólo luego nos deja pasar al aspecto más serio del análisis económico.

Hace unos años, el ex ministro “socialista” español Álvaro Espina hacía una reflexión sobre este tipo de “eslóganes” que me parece de alcance muy general y perfectamente aplicable ahora a la globalización, como yo mismo apliqué entonces en un trabajo sobre la competitividad, escribiendo:

“Lo que ocurre es que interviene aquí otra dimensión importante de la cuestión de la competitividad –que tiene que ver con el *componente retórico del discurso de la política*

* Profesor del Departamento de Economía Aplicada, Universidad Complutense de Madrid.

** [Introducción, p. 1; I. *La retórica de la globalización y el liberalismo*, p. 2; II. *Dos enfoques en el movimiento antiglobalizador*, p. 5; a) *La oposición socialdemócrata*, p. 5; b) *Otra forma de socialdemocracia: el movimiento ATTAC*, p. 11; III. *La base teórica de la globalización postcapitalista*, p. 16; a) *La pobreza*

económica– en la que se ven mucho más implicados los representantes del mundo profesoral y mediático. De lo que se trata es de que gran parte de la insistencia en el llamado ‘reto de la competitividad’ no se debe tanto a los objetivos que los defensores de la política de competitividad dicen pretender alcanzar cuanto al uso del término a la manera de talismán, o conjuro, de carácter ‘político-económico’. Como ha reconocido uno de los autores que ha combinado reflexión teórica con responsabilidades políticas en este campo, lo verdaderamente importante es ‘el papel extraordinariamente movilizador que desempeñan algunos conceptos político-económicos a la hora de concentrar los esfuerzos colectivos para la consecución de grandes objetivos económicos (...) En parte, éste es el papel que le está correspondiendo en los años noventa a la competitividad (...) Se adopta como criterio de evaluación y control de las realizaciones económicas de los países un solo objetivo prioritario y casi exclusivo de seguimiento. Es evidente que de esta forma se toma la parte por el todo, con lo que el criterio escogido como *leit-motiv* opera al modo de una sinécdoque en la economía expresiva de la colectividad’ (Espina, 1995, pp. 203-4)” (en Guerrero, 1995).

18 Es verdad que hay muchos opositores a “esta” globalización –la llamada globalización “neoliberal”–, pero a mi juicio faltan por criticar muchos aspectos olvidados de la globalización, y sobre todo sobra el rechazo injustificado de todo proceso globalizador en general. Pero antes de entrar en materia, conviene insistir en este lado retórico de la “globalización”.

I. La retórica de la globalización y el liberalismo

El pensamiento liberal actual, que es eso que se llamaba hace unos años el “pensamiento único”, encierra un núcleo duro que consiste en la idea de que capitalismo y democracia son sinónimos, o casi. Tanto en su vertiente liberal pura como socialdemócrata, los partidarios del anacrónico sistema de mercado argumentan que éste es la mejor forma de economía posible o, al menos, la menos mala. Por esta razón, los primeros insisten en la superfluidad de la mayoría de las intervenciones estatales (son los teóricos fundamentalistas del *Estado mínimo*) mientras que los segundos ponen énfasis en la necesidad de *completar* (controlar, complementar, limitar, someter, etc., según los casos) la labor del mercado con una fuerte intervención *pública y social* del Estado –por ejemplo, con un “Estado del bienestar”–, capaz de poner bajo el control de la sociedad la operativa del mercado (a menudo peligrosa, pero necesaria, según esta interpretación).

Por su parte, la globalización es un fenómeno muy distinto según se interprete como un proceso *real* que tiene lugar en la economía mundial, o como un momento puramente ideológico (es decir, retórico) del actual pensamiento económico de moda. Como fenómeno económico real, es una tendencia que se impone progresivamente, y que, por tanto, existe desde que el capitalismo impera en la economía mundial, por lo que es al menos tan viejo como el propio capitalismo industrial (o tanto como el capitalismo mercantil, incluso). Como expresión ideológica, es un recurso retórico de aparición relativamente reciente, aso-

ciado con una serie de fenómenos concomitantes (en una lista que puede hacerse más o menos larga, según los múltiples autores que tocan el tema) pero que, a mi juicio, tiene principalmente que ver con el cambio en el tipo de batalla ideológica que el discurso capitalista –¿hace falta recordar que la ideología dominante es la ideología de la clase dominante?– se ha visto forzado a emplear desde la caída del muro de Berlín.

Ese episodio, casi universalmente identificado con el fin del socialismo, fue el símbolo de la caída de los regímenes políticos imperantes hasta entonces en los llamados países del *socialismo real*. El que los dirigentes de esos países insistieran y proclamaran a los cuatro vientos que estaban desarrollando e implantando el socialismo de Marx, le facilitó mucho la tarea a la clase dirigente occidental para, en su labor de denuncia de los males y problemas de las economías del Este, finalmente *demostrados científicamente* (fácticamente) con el hundimiento del “sistema”, utilizar dichas críticas como crítica del socialismo y comunismo en cuanto tal, que es un movimiento real y objetivo que no puede separarse del desarrollo capitalista mismo, pues consiste básicamente en el proceso de socialización del trabajo que pone poco a poco la base para terminar con la privatización y fragmentación del trabajo en las unidades aisladas y separadas que lo caracterizan en el capitalismo.

Conviene también aclarar que lo que durante tanto tiempo se llamó la *guerra fría* no era sólo una rivalidad interimperialista entre los EEUU y la URSS, o entre los respectivos bloques de países pertenecientes al primer mundo o al segundo mundo (supuestamente capitalistas y socialistas, según sus propias autodefiniciones), sino también una parte de la batalla ideológica antes mencionada, que tenía y tiene por objetivo –puesto que sólo los ilusos se creen hoy que la guerra fría ya se acabó– extender la ideología dominante por todos los rincones del planeta. Es natural que si el capital busca por su propia naturaleza penetrar con sus mercancías y sus recursos financieros hasta la última hectárea del globo terráqueo (o más allá, si fuera posible), otro tanto puede decirse de la ideología que su propia expansión conlleva. Por eso, el capitalismo declara enemigos suyos a todos cuantos se oponen de alguna forma al funcionamiento libre y pleno de la sacrosanta economía de mercado en su forma canónica, es decir, ideológicamente identificada con la llamada *ideología occidental* y la correspondiente defensa de los *derechos humanos* y demás mitos del liberalismo, tal como los interprete en cada momento quien ejerza el poder a la cabeza del imperio.

Los países del Este eran (y son) enemigos ideológicos de Occidente porque, aunque en realidad tuvieran más de países capitalistas, practicaban un capitalismo heterodoxo e idiosincrático caracterizado por métodos de acumulación distintos, con una presencia muy superior del Estado y otros rasgos que no podemos analizar en el espacio de este artículo¹. Esto convertía al segundo mundo entonces, lo mismo que a lo que queda hoy de él (China,

en el mundo, p. 16; b) La pobreza asalariada en España, p. 21; c) El modelo teórico sobre la necesidad de

Cuba), en enemigos ideológicos de Occidente, pero, más que a causa de su práctica real –repetámoslo, en esencia una variante herética del capitalismo–, por su defensa expresa de un “socialismo” que para ellos sigue siendo un objetivo, y por su denuncia de que la democracia real, aunque dejando que desear en sus propios países, tampoco es lo que se practica en los países *burgueses* del primer mundo.²

Ahora bien, la única manera de oponerse a este pensamiento único, y a su globalización, es oponer a su gran mentira la gran verdad de que la guerra fría antigua y nueva –pues el propio pensamiento único es sólo una forma más de esta guerra ideológica– pretenden ocultar. Hay que repetir la verdad por mucho que se la tache de anticuada. Y una parte indudable de la verdad es que resulta totalmente imposible compatibilizar una auténtica democracia con cualquier tipo de mercado y de economía de mercado, pues en este sistema la democracia es sólo una retórica prácticamente vacía, una estructura burguesa y plutocrática impuesta –por estar basada en el principio “un euro (o un dólar), un voto”–, y no una estructura real de relaciones sociales democráticas en el sentido demográfico-antropológico –“un hombre, un voto”–. Además, la democracia occidental prácticamente queda reducida a un acto electoral practicado cada cuatro o cinco años, y realizado por una parte (por lo demás, decreciente) de la sociedad; pero lo que más cuenta para la democracia de verdad son los actos que realiza todo el mundo, y que realiza todos los días, empezando por el más importante en cualquier jerarquía antropológica que adoptemos, como es el de ganarse la vida y la subsistencia. Si al trabajar, al hacerse con los medios de vida, al tomar las decisiones que ejecuta el mercado, no somos todos iguales, no puede hablarse de nada que se parezca lo más mínimo a una auténtica democracia. La pseudo-democracia neocensitaria que padecemos cotidianamente en Occidente, esta corrupta y decadente democracia de los mercados, nos parecerá muy pronto tan limitada y tan superada por la altura de los tiempos como nos lo parecen ya hoy la democracia ateniense, la democracia censitaria decimonónica propiamente dicha, o la democracia de los varones donde las mujeres no tenían nada que decir.

20

II. Dos enfoques en el movimiento antiglobalizador

Entre los críticos de la globalización hay mucho sentimentalismo. Por ejemplo, muchas ONG y muchos de quienes se mueven en la órbita socialdemócrata se conforman con: (a)

la pobreza, p. 23; *Conclusiones*, p. 27; *Referencias bibliográficas*, p. 28].

¹ Véase el excelente libro de Chattopadhyay (1994), donde se ofrece una minuciosa interpretación de la experiencia económica soviética, basada en la teoría de Marx.

² Pero, por esa misma razón, los países del llamado *tercer mundo* también son enemigos ideológicos del primero, porque, desde el punto de vista de éstos, a pesar de ser una fuente de lucrativos negocios para las empresas del centro del sistema, y, no sólo eso, sino una parte esencial del funcionamiento de la economía capitalista mundial en su conjunto, no por ello desprestigian menos al capitalismo occidental desde el punto

reclamar programas oficiales de “Ayuda y cooperación al desarrollo” más amplios; o (b) apoyar ciertos movimientos opositores como el ya famoso de ATTAC.

a) La oposición socialdemócrata

Veamos un ejemplo de lo primero en un documento “crítico” aparecido no hace mucho en forma de publicidad pagada en un poderoso medio de comunicación español.³ En este tipo de escritos lo que más destaca es que, en aras de una supuesta unidad y en busca de múltiples apoyos, se suele renunciar a la reflexión de fondo para terminar pidiendo prácticamente lo mismo que ya existe. En este caso concreto, comprobaremos lo lejos que están los firmantes, *de acuerdo con lo que escriben*,⁴ de haber comprendido las causas de la pobreza que dicen querer combatir, y hasta qué punto se equivocan a la hora de ofrecer recetas para luchar contra ese mal.

El texto critica la “contrarreforma” en la política española de ayuda al desarrollo que estaría teniendo lugar “en el último año”. El paso atrás se sitúa en relación a una ley de 1998 –la Ley de Cooperación Internacional para el Desarrollo– que se alaba por situarse en el contexto del tan denostado (aunque no por los firmantes) “pensamiento único”, y que ellos llaman “el consenso internacional en esta materia”, es decir la búsqueda de metas de “ordenación” y “modernización” por medio de la vía del “diálogo” y el “consenso social”, todo ello dirigido a un objetivo último, que es “combatir la pobreza y la extrema desigualdad en el mundo”.⁵ Dejemos de lado que los firmantes sólo quieren combatir la “extrema desigualdad”, y no la “desigualdad” en general. Esto los sitúa, a pesar de su pasado marxista en muchos casos, en el plano de los liberales conservadores al estilo de Keynes, quien consideraba necesaria la existencia de una cierta desigualdad, siempre que no fuera excesiva. Seamos comprensivos y achaquemos este cambio de enfoque a la socorrida “perspectiva de corto plazo” en que se suelen situar los “reformistas” cuando quieren cortar la discusión con los críticos del reformismo que se apuntan que las reformas y parches no tienen sentido si no

de vista ideológico, en la medida en que ponen en práctica economías de mercado *sui generis*, caracterizadas como políticamente corruptas, y donde abundan actitudes y hábitos poco compatibles con el propio discurso ideológico de la *avanzada* democracia burguesa de los países capitalistas más desarrollados.

³ En la página 7 de *El País* de 11 de julio de 2001 se podía leer un Manifiesto de más de media página titulado “Ante la contrarreforma del sistema de ayuda: por una cooperación al desarrollo efectivamente orientada a combatir la pobreza”, firmado por una serie de personas y organizaciones “comprometidas con las tareas de cooperación internacional”.

⁴ Es importante hacer este matiz, porque, como ocurre tantas veces, muchos de los firmantes van mucho más allá, en sus críticas y reflexiones personales, de lo que aparece en el texto “consensuado”. Pero lo escrito escrito está, y es lo que queda para la historia.

⁵ Hay ciertos combates tan largos y desesperanzados como el combate contra la inflación (que según algunos está a punto de convertirse en su contrario, y ya lo ha hecho en algunos países, ante la desazón creciente de Keynes en su tumba). En realidad, el combate contra la pobreza, dentro del marco del sistema capitalista,

se inscriben en un programa que vaya más allá. Aceptemos por un momento su argumento de que se trata de aplicar las medidas “más urgentes”: ¿cuáles son los “exponentes” que evidencian, según ellos, el alcance de la denunciada “contrarreforma”? Analicemos los 6 que citan.

1. En primer lugar, denuncian que la “ayuda al desarrollo” lleva tres años estancada en el 0.24% del PIB. Evidentemente, esto no es muy coherente con la duración que ellos mismos atribuyen a la contrarreforma (1 año); pero tiene más interés preguntarse por los efectos, supuestamente positivos, que debería haber tenido el paso de la ayuda desde el 0% del PIB hasta el 0.23%: ¿alguien puede señalar cuáles son los resultados positivos, en términos de erradicación de la pobreza, de esta inyección del 0.23% del PIB español en el infinito mar de la pobreza mundial?⁶

22

2. En segundo lugar, se atribuye a motivos espurios –“comerciales” y de “promoción” y “difusión” cultural– la pérdida de eficacia en la lucha contra la pobreza. Lógicamente, si del 0.24% una parte se va en ayudar a las empresas (cuya voracidad capitalista no tiene límites) y otra en financiar cócteles en las embajadas (donde la voracidad adopta otras formas, incluida la de los canapés), ese porcentaje se ve reducido a la mitad o a la tercera parte o la fracción que sea, y su eficacia será aun menor. Ahora bien: ¿de verdad podemos creer que los intereses “comerciales” y “culturales” no existían antes del último año, antes de la Ley del 98, antes del actual Gobierno o antes de... siempre?⁷

3. En el tercer punto, se denuncia el bajo nivel en el porcentaje de la ayuda total española que se destina “a las tareas relacionadas con la cobertura de las necesidades básicas”. Pero lo más sorprendente es que ese nivel está “muy por debajo del 20% de la ayuda que demanda la comunidad internacional”. La pregunta que surge aquí es: ¿cómo se puede tener alguna esperanza en un dinero que pretende oficialmente combatir la pobreza pero que sólo aspira

tiene muchas menos probabilidades de éxito que el que se dirige contra la inflación, pues, como nos recuerda Tortella (2000), la tasa de inflación a lo largo del siglo XIX fue de media cero, mientras que el crecimiento de la pobreza relativa de la mayoría del mundo es un hecho tan tangible en el siglo XIX como en el siglo XX y, de seguir así las cosas, sin duda lo será también en el XXI.

⁶ ¿Cuál es la magia del famoso 0.7% que yo no alcanzo a comprender? ¿Por qué no se pregunta ninguno de los firmantes qué es lo que impide que España se quede con el 0.7% del PIB y dedique el 99.3% a ayuda al desarrollo (en cuyo caso tendría que aplicar una buena parte de la misma a sus propios ciudadanos, pero todo ello sobre una base social nueva que impulsaría enormemente la democracia al implicar a toda la población en la decisión sobre cuál debe ser el nivel de vida de cada miembro de la sociedad)?

⁷ Casualmente, justo el mismo día que el Manifiesto aparecía en el mismo medio una entrevista con uno de los directivos del mismo, Juan Luis Cebrián, en la que éste reclamaba más atención al “mercado” hispanohablante en Estados Unidos: “Tenemos el idioma para entendernos. Eso significa una lengua, una cultura, una manera de hacer las cosas. En EE. UU. ya hay más hispanohablantes que en España. ¿Qué no habría hecho Francia si hubiera 40 millones de personas hablando francés ahora mismo?” (en la noticia titulada: “Los expertos destacan que las protestas antisistema se aprovechan de la globalización”). Por su parte, ¿qué cabe esperar de un posible futuro primer ministro “socialista”, como José Luis Rodríguez Zapatero, que, según la misma noticia que recogía la intervención de Cebrián, desaprovechó la ocasión para

a destinar una quinta parte de su monto (sea cual sea éste) a la cobertura de las “necesidades básicas” de los pobres a los que va dirigida?

4. La cuarta denuncia es más técnica: parece ser que los instrumentos de ayuda no son coherentes ni correctamente planificados, y que el Plan Director aprobado por el Gobierno “carece de objetivos precisos, de adecuada orientación y de una solvente voluntad estratégica”. Muy bien, tomemos el ejemplo de un país modelo en estos temas (no sé, digamos que un país nórdico como Suecia, etc.): ¿Es que acaso el gobierno capitalista de Suecia (sea del partido socialdemócrata o del liberal) va a decidir que el grupo Volvo se dedique a fabricar coches baratos para los pobres del mundo y autobuses con aire acondicionado para la población de sus países? ¿Va a impedir que siga fabricando tanques para contribuir a la carrera armamentista mundial? Y, por otra parte, ¿en qué han contribuido las modélicas políticas de ayuda de los suecos (noruegos, daneses, etc.) en la lucha contra la pobreza mundial?⁸

b) Otra forma de socialdemocracia: el movimiento ATTAC

Quienes creen que socialismo y comunismo son un patrimonio privado de los partidos que se llaman así y de los Estados que se han proclamado defensores de esas ideas, es lógico que se comporten como lo hacen. Ante el derrumbe de unos y otros, los que no se han hecho directamente cínicos han recurrido a la consabida estrategia defensiva de mirar para otro lado e intentar apuntarse al primer carro que pase con tal de subirse a algo en marcha y no quedarse parado. Los menos cautos se han dejado engatusar por los cantos de sirena de periodistas críticos à la Ignacio Ramonet y/o se han apuntado al movimiento ATTAC.

hablar de ayuda al desarrollo y prefirió soñar sobre las posibilidades de la inversión capitalista que le estaba haciendo la boca agua a su colega Cebrián: “Hay casi 400 millones de hispanohablantes. Deberíamos invertir más dinero en ese contexto internacional”.

⁸ Se puede argumentar que, de no haber existido esas ayudas, la pobreza sería aun mayor: cierto. Pero entonces llámese a las políticas de ayuda como corresponde: “*políticas de contribución a que el ritmo de crecimiento de la pobreza mundial sea más lento*”. Entonces, estaremos de acuerdo. En cuanto a los dos últimos argumentos, los resumimos en esta nota: (5) En quinto lugar, se critica que la acción humanitaria española sólo se dé en casos de “emergencia”, pero sin llevar a cabo una “política de prevención ni de reconstrucción en las poblaciones afectadas”. ¿Qué mejor prevención que convertir a los pobres en ricos? ¿De verdad se creen los firmantes que, mientras no haya un mercado para ese tipo de casas millonarias y aseguradas contra el riesgo de terremotos, riadas y demás fenómenos naturales antipáticos, va a haber constructores filantrópicos que se dispongan a fabricar chalés unifamiliares o pisos sólidos a la japonesa para prevenir a los habitantes de favelas y suburbios de los previsibles efectos de la próxima catástrofe? (6) Por último, la coletilla sobre el intento gubernamental (al parecer, no frustrado) de impedir la presencia de “los representantes libremente elegidos por las ONGD” en el Consejo de Cooperación, y la consiguiente “desnaturalización” de éste, suena a una mezcla de rabieta por algunos puestos perdidos –ya sabemos que la izquierda que busca el poder olvida sus orígenes contrarios a todo poder, corruptor por definición– y desconocimiento repentino de que la representatividad de los órganos políticos bajo el sistema capitalista es más una apariencia formal que un hecho real. ¿Acaso se creen los firmantes que el gobierno español, el de

Como ha señalado Oxley⁹ (2001), “miles de personas se han unido a la ATTAC (Asociación por una Tasa a las Transacciones Financieras de Ayuda a los Ciudadanos) sin duda con muy buenas razones y también con ideas políticas muy diferentes. Muchos lo han hecho para luchar contra el capitalismo, aunque el programa de la ATTAC tiene un objetivo completamente diferente”. Tras recordar que Tobin, el proponente del famoso impuesto (mal llamado “tasa”), dedicó su vida “a la defensa de los intereses de los países imperialistas más poderosos del mundo”, siendo durante el período de la Guerra Fría “uno de los principales asesores del presidente Kennedy”, señala Oxley que

24

“se hizo famoso porque fue el principal defensor de la imposición de ‘bloqueos económicos’ contra aquellos países –en concreto países subdesarrollados– que se negaran a acatar los intereses comerciales y estratégicos de EEUU. Desde entonces esta medida de presión imperialista se ha puesto en práctica en varias ocasiones, el caso más reciente es el de Irak. Las consecuencias sociales son catastróficas: en Irak el embargo ha provocado la muerte de aproximadamente un millón de personas, la mayoría niños. Pero por uno de esos giros del destino –gracias a los esfuerzos y la fértil imaginación de la ATTAC–, este viejo reaccionario ha sido elevado al rango de campeón de la lucha contra el sufrimiento y la injusticia de toda la humanidad”.

Y después de añadir que muchos parlamentarios franceses pertenecen a ATTAC (incluidos diputados de la derecha parlamentaria), Oxley añade que son estos mismos señores los que “se dedican afanosamente en proyectos como la masiva privatización, el desmantelamiento de los servicios públicos, el aumento de la flexibilidad laboral, el ataque a las pensiones y los salarios, la reducción de los gastos empresariales, el aumento del gasto militar y otro tipo de medidas antisociales destinadas a aumentar los beneficios de los capitalistas” (ibid.).

Pero lo que realmente importa es la relevancia práctica que puede tener la implantación de una medida de este tipo; por eso se pregunta el mismo autor: “¿Si se aplicase la tasa Tobin sería realmente un problema para los especuladores? ¡En absoluto! Los tiburones financieros conocen miles de formas para eludir los impuestos y sobre todo impuestos de este tipo”.¹⁰

Además, como dice Oxley, denunciar al capital especulativo, y sólo a él (sin denunciar al capital en cuanto tal), es bendecir indirectamente al capital productivo, que es el responsable

Bruselas, el de la OTAN o incluso el de las Naciones Unidas, representan de verdad a las poblaciones a las que dicen representar? ¿Y quién ha elegido a las ONG y ONGD realmente existentes? ¿Y sólo las que tienen dinero pueden estar representadas?

⁹ Le agradezco a Xabier Gracia que me llamara la atención sobre este excelente artículo.

¹⁰ “Y si un gobierno o incluso un continente entero decidiera aplicar este impuesto, con un boicot de veinticuatro o cuarenta y ocho horas de los grandes bancos e instituciones financieras bastaría para su retirada inmediata” (ibidem). El artículo de Oxley no tiene desperdicio, por lo que interesa entrar en el fondo de la cuestión que plantea el impuesto de Tobin: “La tasa Tobin era una propuesta destinada a proteger los intereses capitalistas y de ninguna manera para perjudicarlos. Digan lo que digan no es en beneficio de los trabajadores. Los dirigentes de la ATTAC se esfuerzan por dar una apariencia radical y ‘anti-capitalista’ a esta propuesta e

principal del funcionamiento de este sistema. Y yo añadiría: denunciar sólo a los neoliberales sin incluir en el mismo saco a los liberales que no son “neo”, pero sí “paleo(-liberales)” o clásicos, es apoyar inversamente el liberalismo.¹¹

Por tanto, no hay nada sorprendente en que la jerarquía vaticana denuncie los “abusos del capitalismo global”.¹² Pero sí sorprende mucho que algunos economistas críticos no sean capaces de ir más allá que el Vaticano. En esto sus ideas recuerdan el caso de la famosa teoría neoclásica de los “fallos del mercado”, que, contra lo que parece, es la mejor apología del sistema capitalista y de mercado. Porque, teniendo en cuenta que sólo Dios en el cielo es perfecto, ¿qué puede haber en nuestro mundo impuro de aquí abajo que no tenga fallos? Estudiamos los fallos del mercado porque estudiamos el sistema, que es, por supuesto, el mercado..., y ¡no va a pretender a nadie en su sano juicio que el mercado sea perfecto! Ahora bien, entre tanta monserga el estudiante “occidental” se termina creyendo –y, lo que es peor, el profesor “occidental” se convence de ello cada día un poco más– que no hay

insisten en que es sólo una restricción al ‘capital especulativo’ que favorecerá la ‘inversión productiva’. Los recursos de los capitalistas sólo pasan de los mercados financieros a la llamada inversión productiva cuando ésta última es más rentable que la primera. A pesar de las pretensiones de la ATTAC, estas dos formas de inversión están intrínsecamente unidas. Los beneficios conseguidos en los mercados financieros se invierten en la producción y viceversa, todo depende de la rentabilidad económica de cada operación. Los señores Ramonet y Cassens hacen una distinción formal entre el capital ‘especulativo’ y el ‘no especulativo’, cuando en realidad toda inversión capitalista sin excepción tiene un carácter especulativo, y si la apuesta no da resultado esperado entonces el capitalista cancela la operación. Los cierres de Cellatex, Danone, Marks & Spencer y otros muchos ejemplos lo demuestran” (ibid.).

Asimismo, Oxley aclara que “Tobin –a diferencia de los ideólogos de la Attac– propuso que los fondos recaudados con el impuesto fueran gestionados por el FMI. La ATTAC no puede defender esta idea porque iría en contra de la imagen ‘radical’ que pretenden cultivar, así que sugieren que el dinero sea gestionado por el PNUD (Proyecto de las Naciones Unidas para el Desarrollo), que ante sus ojos tiene una reputación más aceptable. Pero olvidan que el PNUD forma parte de la estructura de las Naciones Unidas, a su vez controladas por las superpotencias y la primera de todas EEUU. Así que los ingresos obtenidos con la tasa Tobin serían otra arma en el arsenal de las principales potencias imperialistas destinadas a la intimidación de los países más débiles y pobres. ¿Es concebible que el dinero obtenido con la tasa Tobin sea utilizado para aliviar el terrible sufrimiento que infligen EEUU y Europa? Por supuesto que no. Por lo tanto, también desde este punto de vista es difícil presentar la tasa Tobin como una medida progresista”.

¹¹ De hecho, si uno recuerda que lo que hace el ultraliberal Pedro Schwartz es poco más que reclamar las ideas de su admirado Stuart Mill (objeto de su tesis doctoral de 1968) frente a las de Marx, se dará cuenta de por qué los críticos pertenecientes a la izquierda *light* contemporánea, en su afán infinitamente antiguo de mezclar a Marx con Mill –que no es sino una forma de un afán más antiguo aún de mezclar capitalismo y socialismo en un cóctel que ya denunciara el *Manifiesto Comunista* bajo la etiqueta de “socialismo burgués–, se merecen la crítica que se hace en este artículo tanto o más que el propio Schwartz. Al menos, éste es liberal y lo dice. Pero los izquierdistas al uso son igualmente liberales y fingen no saberlo, o –no sé qué es peor– ni siquiera saben que lo son.

¹² En primer lugar, esto es lo que ha hecho siempre la Iglesia católica, y para ello se inventó una cosa llamada “pensamiento social católico”, que crecía y crecía a base de encíclicas papales, escritas por economistas de esta misma tendencia, cada vez más preocupados por el alcance de los movimientos revolucionarios y obreros de los auténticos socialistas y anarquistas. En segundo lugar, nada es más natural que quien no es

auténtica alternativa al mercado, y se acostumbra a pensar sólo en todo aquello que sea compatible con el mercado, y que no ponga en entredicho las reglas del juego del sistema (que es la economía de mercado), etc., etc.

Con tanta milonga y tanto tango, el estudiante y el profesor son incapaces de ver que el auténtico fallo es el mercado mismo. Se vuelven tan miopes que no alcanzan a ver que la mayoría de las miserias que nos rodean en este mundo desigual tienen su verdadera causa en la existencia de mercado. No se dan cuenta de que el mercado presupone el dinero; que el dinero presupone el Estado que lo emite y lo recauda para impuestos; que el Estado presupone la división de la sociedad en clases; y que la sociedad de clase presupone la desigualdad. Que, por tanto, el mercado es incompatible con la democracia porque presupone la desigualdad desde su propio concepto, y exige que la mayoría se deje explotar y esclavizar como medio de supervivencia.¹³

26

Una forma de profundizar en esta denuncia por parte de quienes nos dedicamos a la investigación y docencia de la Economía es mostrar que hay otra manera de analizar teóricamente la pobreza y la globalización del subdesarrollo, de la competitividad y de la falta de la necesaria cooperación mundial. Y también que no es posible cambiar estas pautas de

capaz de ver que es el propio capitalismo lo que constituye el auténtico abuso global se limite a pedir reformas para mejorar su sistema favorito, el capitalismo, que, una vez desprovisto de los abusos que lo afean, se convertiría, según ellos, en esa maravilla de la que nos hablan todos los liberales, unos con la boca grande, y otros con la boca chica.

¹³ Exige que mil o dos mil personas en la empresa tengan que callar ante lo que diga el representante de la propiedad. Y exige que nos sigamos callando al salir de la empresa, al llegar al mercado, y que votemos en él a la manera como dicen los economistas que hay que votar: basándonos en el principio de que cada euro vale un voto. Mucha gente simplemente desea un sistema donde cada hombre y mujer tengan un voto en todo lo que es relevante para su vida. Y esto es absolutamente incompatible con la empresa capitalista y con el mercado. Además, si el mercado y el Estado que le corresponde crean desigualdad –miseria y pobreza en un lado, y riqueza y esplendor en el otro–, ¿qué decir de los defensores del sistema de iniciativa privada? Pues que defienden que cada uno se resuelva sus problemas por su cuenta. Cada uno tiene que preocuparse de satisfacer sus propios intereses (lo que incluye la búsqueda de la maximización del beneficio por parte del empresario capitalista; la máxima utilidad por el consumidor “racional”, etc.). Y ese cada uno es cada particular, pero también cada país. Los defensores de la “competitividad nacional” no pueden querer decir otra cosa (aunque no se den cuenta de ello) que no sea que desean que su país gane la batalla competitiva (es decir, *que los otros países la pierdan* en relación con el nuestro). Pero alguien que defiende la competitividad y la competencia es sencillamente incoherente si defiende al mismo tiempo la lucha contra la pobreza. A no ser que ocurra lo que realmente sucede. Que lo que necesitan (en su mente, no en sus Manifiestos) es un simple eslogan: “Mientras haya pobreza, tenemos un argumento para disimular que nuestro movimiento es un movimiento por el movimiento mismo: diremos que estamos luchando contra la pobreza”. En el fondo lo que consiguen con esto es que, diciendo que luchan contra la pobreza y haciendo como que de verdad luchamos contra ella, los pobres, entre tanto discurso como viene y va, se olviden de las causas que los hacen pobres (que son las mismas que hacen que los otros sean ricos) y sobre todo se olviden de que *tan sólo* necesitan quitarle la riqueza a quien la tiene para dejar de ser pobres. Por supuesto,

comportamiento de la economía mundial mientras no luchemos por, y consigamos, que deje de ser una economía basada en el capital.

III. La base teórica de la globalización postcapitalista

Una de las razones por las que este sistema capitalista y de mercado ya no sirve es porque genera la miseria y la pobreza de la mayoría de la población mundial. A diferencia de lo que creen los socialdemócratas –esos liberales modernos–, la desigualdad que genera el mercado no la corrige el Estado, sino que éste colabora de forma esencial para hacerla posible, la legítima y la cubre de bondades supuestas, entre otras formas mediante la difusión de la buena nueva de que estamos cada vez más globalizados y más sumergidos en las templadas aguas del Estado del bienestar. Veremos a continuación: (a) por qué la pobreza material en el mundo es un hecho; (b) por qué también lo es en un país “rico”, como es España en el contexto mundial; (c) finalmente, esbozaremos el marco teórico necesario para entender por qué, *mientras no nos decidamos a superar el capitalismo*, esto tiene que seguir siendo así necesariamente.

27

(a) *La pobreza en el mundo*

Es bien conocido que el desnivel de renta per cápita entre los distintos países de la tierra en los albores de la revolución industrial era relativamente pequeño (Bairoch, 1975, 1990, 1996, Landes, 1999), mientras que en la actualidad se ha acentuado mucho esa desigualdad. Una manera relativamente sencilla de contrastar esta idea consiste en utilizar las largas series de datos proporcionadas por Maddison (1995) para casi 200 países. Usando el método de Geary-Khamis para mantener el poder adquisitivo real de las diferentes monedas implicadas, tanto en el espacio como en el tiempo, y haciendo uso de los datos puestos por Maddison a disposición de la OCDE, es posible comparar la fracción que representa un determinado país en la población mundial y, al mismo tiempo, el porcentaje que representa su PIB en el PIB mundial. Pues bien lo que se puede hacer para cada uno de los países individuales puede repetirse para un conjunto de países cualquiera. Lo que hemos hecho en las figuras 1 y 2 es hacer ambos cálculos para el conjunto de los países que formaban la OCDE en 1985.

En la figura 1 se observa que el conjunto de los 24 países ricos del mundo tiene casi idéntica participación en la población mundial en 1992 que en 1820, aunque dicha fracción no haya permanecido constante. Se ve que la OCDE aumentó su cuota en la población mundial un 5%-6% adicional entre 1820 y 1900, la mantuvo casi igual durante la primera mitad del siglo XX y experimentó un descenso notable desde 1950. En cuanto a la figura 2, se observa que la evolución de la cuota de la OCDE en la producción mundial ha seguido una pauta muy distinta, con dos etapas básicas: en la primera (1820-1950), la cuota se elevó

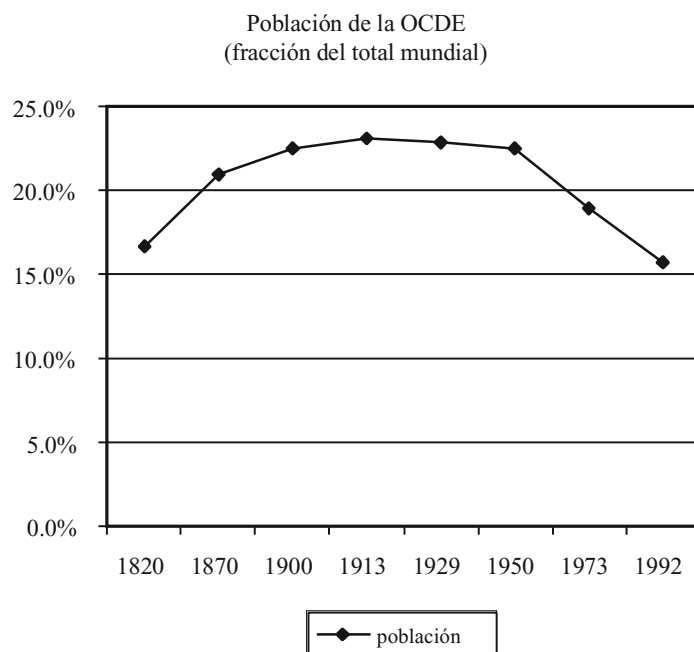
de forma continua (a una tasa decreciente) desde menos de un 30% del total mundial en 1820 a casi un 60% en 1950. En cuanto al periodo más reciente (1950-1992), la disminución de dicha cuota se puede fijar en torno a los 6 o 7 puntos porcentuales.

Lo anterior significa que la OCDE concentra, con el 15% de la población mundial, más del 50% de la producción del mundo (más de 3 veces la media mundial). Por tanto, la centena larga de países de los que Maddison ofrece datos –los países “No-OCDE”– tienen menos de la mitad de la producción con casi el 85% de la población mundial, que significa poco más de la mitad de la media mundial. Calculando estos últimos coeficientes para los dos conjuntos de países y comparándolos entre sí en el tiempo, obtenemos la evolución cuasi lineal de la figura 3, que da una clara idea de lo persistente que ha sido en el tiempo el enriquecimiento relativo de los países ricos (empobrecimiento relativo de los países pobres) del mundo. Las enseñanzas de la figura 3 son bastante notables:

28

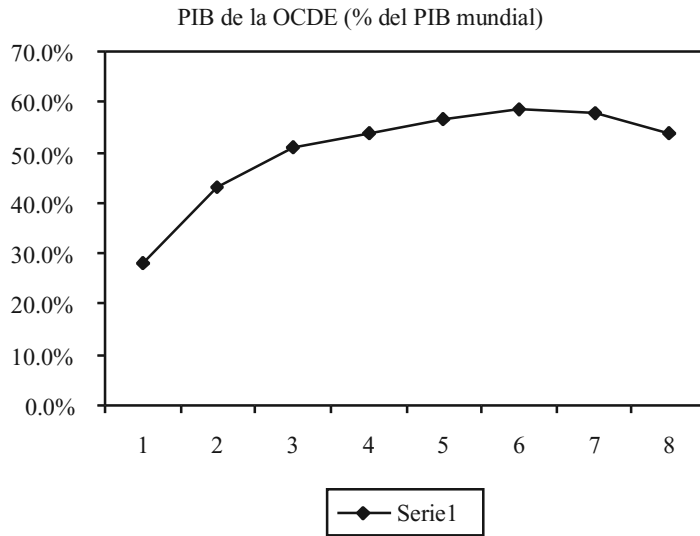
1. En primer lugar, el crecimiento de la desigualdad es cuasi lineal, lo que significa que en ninguno de los 7 subperiodos señalados se ve tendencia alguna a la mitigación del proceso empobrecedor. El que este coeficiente se haya multiplicado por más de 3 a lo largo en 180 años simplemente significa que la desigualdad estructural en el mundo se ha más que tripli-

Figura 1
Porcentaje de la población de la OCDE en el total mundial



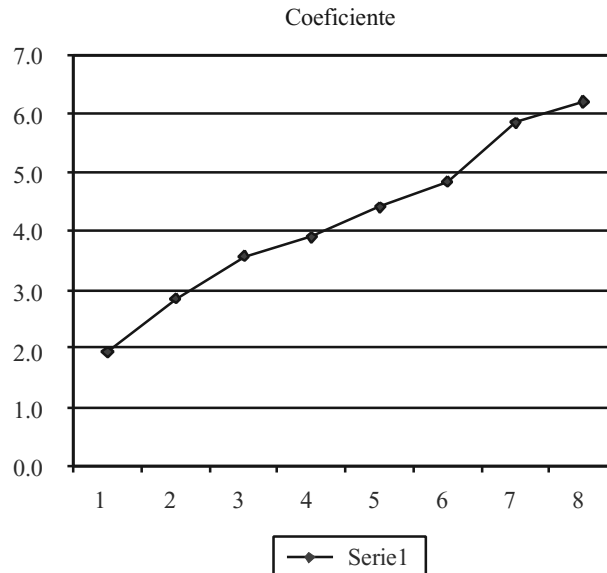
Fuente: Maddison, 1995, y elaboración propia.

Figura 2
Porcentaje de la producción de la OCDE en el total mundial



Fuente: Maddison, 1995, y elaboración propia.

Figura 3
La posición relativa de la OCDE en relación con el resto del mundo, en términos de PIB per cápita



Fuente: Maddison, 1995, y elaboración propia.

cado (pese a los esfuerzos reduccionistas de los bienintencionados políticos que dicen que el Estado consigue lo contrario de lo que en realidad logra¹⁴).

2. En segundo lugar, y en contra de lo que tiende a pensar la rama socialdemócrata de la familia liberal, todo el proceso de empobrecimiento de los países periféricos –y simultáneo enriquecimiento de los países centrales– ha ocurrido no sólo gracias a los resultados de la operación del mecanismo de mercado, sino *gracias, simultáneamente, a ese mercado junto a la intervención del Estado*

30

¹⁵ han conseguido frenar esa tendencia “desigualadora” del mercado, por mucho que los próceres y timoneles del aparato estatal se hayan llenado siempre la boca de santa y empalagosa fruición hacia los benéficos efectos de la intervención estatal.

En la figura 4, se observa la evolución entre 1850 y 1958 del peso que representa la demanda pública en el PIB español (según Carreras, 1990).¹⁶ Con independencia de que probablemente se trate de cifras subestimadas (como se explica en la nota anterior), lo que nos importa aquí es exclusivamente la tendencia secular, que es más que evidente si se piensa que el peso de la demanda pública parece situarse entre el 5% y el 10% en el siglo XIX cuando sabemos que en la actualidad ronda el 40% del PIB.

3. Se observa, por último, en la figura 3 que la llamada “edad de oro” del capitalismo fue tan áurea, entre otras cosas, porque en realidad consiguió aumentar la desigualdad entre ricos y pobres más deprisa aun que lo que han conseguido poner en práctica los próceres (de derecha, de centro y de izquierda) del neoliberalismo. Y es que, por mucho que a los socialdemócratas se les llene la boca de loas y botafumeiros al “modelo social europeo”, supuesto

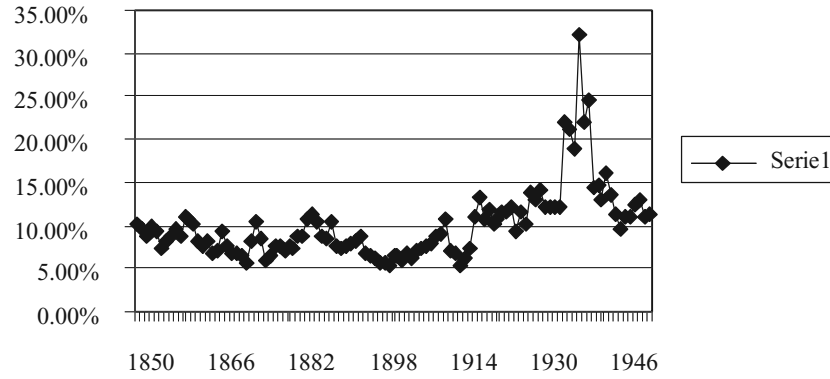
ese “tan sólo” es tan complicado que no se puede pretender tratarlo aquí ni en forma de esbozo. Pero, desde luego, a la pregunta “¿Por dónde empezar?”, hay que responder que una de las maneras ineludibles de enfrentarse a la cuestión es denunciando sin contemplaciones a los criptoliberales, siempre y en todo lugar, mientras nos embarcamos en trabajos más importantes, cada cual en su puesto.

¹⁴ Siempre les quedará el argumento de que la desigualdad se podría haber multiplicado por 6 de no haber sido por el Estado; pero los argumentos de esta naturaleza no son serios, y el hecho es que, entre mercados y Estados capitalistas, unidos en conyugal maridaje, han conseguido “desigualarnos” a la enorme velocidad de crucero señalada.

¹⁵ Tanto el de la época bismarckiana del primer “Estado del Bienestar” como el Estado claramente intervencionista de la época inmediatamente prekeynesiana y keynesiana; e igualmente el Estado no menos intervencionista del actual “neoliberalismo” (que sólo es un Estado “mínimo” en la dolorida cabeza de los dogmáticos ultraliberales, pero no en la práctica política de los liberales efectivos (Reagan, Thatcher, Wojtila, Bush hijo, González, Aznar... y sus aprendices).

¹⁶ Este porcentaje se ha calculado como la suma del consumo público y la inversión pública, obtenidos de los cuadros 1 (pp. 185ss) y 2 (pp. 188ss) que ofrece Carreras. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que es muy posible que el peso del consumo público esté infravalorado, ya que este autor hace el supuesto expreso de que “los gastos del Estado eran representativos de los de todas las administraciones públicas” (lo que no es

Figura 4
Peso de la demanda pública en el PIB español (1850-1958)



Fuente: Carreras, 1990, y elaboración propia

(b) La pobreza asalariada en España

¹⁸ y no con el termómetro de efervescencia revolucionaria de los

muy creíble, teniendo en cuenta el más que probable incremento de los gastos municipales y provinciales de la época de la Restauración). En cuanto a los datos originales de los que parte Carreras, se basan en los proporcionados por el Instituto de Estudios Fiscales (1976) y en el índice de precios al por mayor construido por Bustelo y Tortella (1976).

asalariados. Por supuesto, si no fuera casi siempre cierto que los asalariados (dominados) participan de las mismas torpezas ideológicas que se encargan de crear los serviles intelectuales del capital (sean o no economistas) al servicio de sus propietarios (dominantes), no podría tener sentido una frase tan cierta como la clásica: “la ideología dominante es la ideología de la clase dominante”.

Cuadro 1
Depauperación y enriquecimiento de los no asalariados en España, según la CNE

32

<i>Año</i>	<i>a = (RA/PIB)</i>	<i>b = 1-a</i>	<i>c = (Prol/PA)</i>	<i>d = 1-c</i>	<i>c = coeficiente de depau- peración = a/c</i>	<i>f = coeficiente de enrique- cimiento = b/d</i>	<i>Proleta- riado g = c/f</i>	<i>No asala- riados h = f/e</i>
1964	49.1%	50.9%	58.6%	41.4%	0.84	1.23	0.68	1.47
1975	58.9%	41.1%	68.9%	31.1%	0.85	1.32	0.65	1.55
1982	56.8%	43.2%	73.2%	26.8%	0.78	1.61	0.48	2.08
1988	52.2%	47.8%	76.2%	23.8%	0.69	2.01	0.34	2.93
1995	52.4%	47.6%	79.2%	20.8%	0.66	2.29	0.29	3.46
1997	49.7%	50.3%	81.0%	19.0%	0.61	2.65	0.23	4.31

Fuente: Contabilidad Nacional de España, EPA y elaboración propia.

Si miramos objetivamente el cuadro, encontramos que la situación relativa de los asalariados (que, al incluir a los parados, se nos convierten en el proletariado¹⁹) simplemente ha empeorado tanto y tan deprisa que, en los 35 años que van de 1965 a 1999, su participación

¹⁷ En realidad era indiferente al tipo de gasto del Estado (Guerrero, 2000a), con tal que fuera abundante y financiado con déficit, razón por la cual el intervencionista Keynes hoy estaría de acuerdo con los no menos intervencionistas Ronald Reagan o George Bush hijo.

¹⁸ Por supuesto, las estadísticas convencionales siempre tratarán de que el fenómeno sea lo menos visible posible, acudiendo a artimañas metodológicas como considerar “autónomos” los falsos trabajadores independientes—obligados por sus patrones a inscribirse así en la Seguridad Social, para abaratar la carga que supone el trabajo asalariado—o la, más reciente, de llamar a los vendedores ambulantes “empresarios sin establecimiento”.

corregida en la renta nacional se ha hecho tres veces más pequeña que la correspondiente a los no asalariados. El cálculo es muy sencillo de hacer y comprender: la parte del proletariado en el PIB sólo ha aumentado un punto en 35 años (un 2% en términos porcentuales); pero como su parte en la población activa ha crecido un 40%, eso significa que su participación “corregida” ha bajado un 27.1% (descenso del coeficiente de depauperación de 0.84 a 0.61); por su parte, los no asalariados han bajado su peso en la población activa un 57%, a pesar de lo cual sólo ha disminuido su parte en el PIB un 2%, lo que significa que su participación corregida ha subido un 125.5% (su coeficiente de enriquecimiento ha subido de 1.23 a 2.77); por consiguiente, el cociente de ambas participaciones corregidas se ha disparado desde menos de 1.5 a más de 4.5, lo que significa un crecimiento de la desigualdad que se ha multiplicado exactamente por 3.09.

(c) El modelo teórico sobre la necesidad de la pobreza

En Guerrero (1995, 1996) se ofrece una explicación más detallada de la figura 5, que aquí resumiremos. A simple vista, si uno se fija en los gráficos que la componen, *parece* un modelo “neoclásico”, con las tradicionales curvas de producción y costes de la empresa, oferta y demanda de mercado a corto plazo, etc. Pero como se explica en las referencias citadas, los supuestos teóricos de partida son tan distintos que en realidad significan una *concepción alternativa* de la empresa, la competencia y el comercio internacional, *basada en la teoría laboral del valor* y el principio de la ventaja absoluta. El resultado final es, como veremos, la necesidad –sólo en el capitalismo– del desarrollo desigual y el incremento de la desigualdad entre Norte y Sur a partir del principio del intercambio de equivalentes.

Fíjese el lector que hay simultáneamente dos funciones de producción de la empresa y no una (figura a). Como todas, estas funciones sólo se pueden dibujar para una *escala* dada de la empresa (los factores fijos están dados). Pero a diferencia del modelo neoclásico (equilibrio parcial), aquí hay más de una técnica en el sector *simultáneamente*. Este supuesto de la pluralidad de técnicas, y por tanto de estructuras de costes y beneficios de las empresas del sector, es ajeno a la Microeconomía neoclásica, incapacitada por completo para tener en cuenta el cambio técnico *ab ovo*. Aquí, por el contrario, se supone que la técnica cambia continuamente en el tiempo real, de forma que en cada momento habrá empresas con técnicas más avanzadas que otras: eso es lo que permite captar la representación de dos funciones de producción de la figura (a). Asimismo, en (b), (c) y (d) se derivan las curvas de costes a corto y largo plazo de las empresas correspondientes. Nuevamente, a diferencia del modelo neoclásico, no hay una única envolvente (curvas “a largo plazo”), puesto que ahora permitimos que varíe no sólo la escala de la empresa sino la *técnica* usada. Por tanto las dos envolventes de (c) son las curvas de costes totales a largo plazo de la empresa con mejor

técnica (la curva x) y con peor técnica (la m); y lo mismo ocurre con las curvas de costes²⁰ medios “a largo plazo” (d).

Si ahora suponemos que la empresa x (que emplea la técnica x) está situada en un país rico, y la m en un país pobre, podemos analizar el aspecto internacional del problema con el mismo instrumental gráfico. Supongamos primero que sólo hay dos países en el mundo y que existe autarquía total. Entonces en cada mercado se forma un equilibrio interno ajeno a todo mercado mundial (inexistente en este supuesto) y definido por el mínimo “coste” medio a largo plazo de cada empresa. Esto se refleja en las figuras (e) y (f), que representan respectivamente al país pobre y al rico, donde los equilibrios de precio y cantidad vienen determinados por los respectivos puntos de intersección de sus curvas de demanda y oferta nacional.

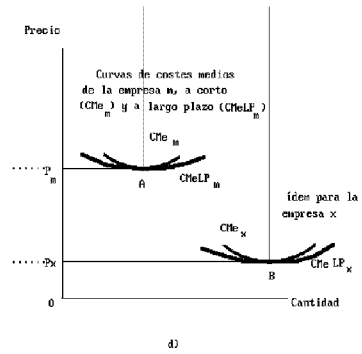
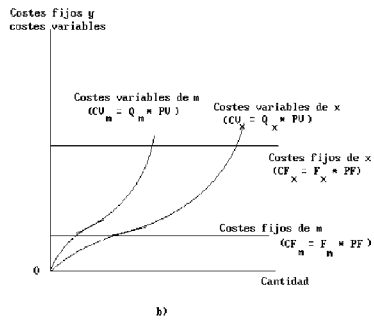
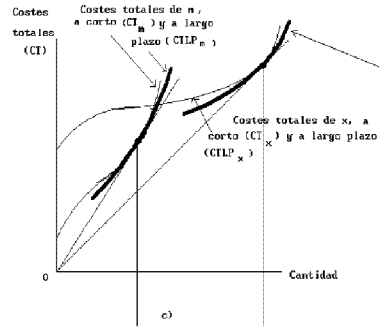
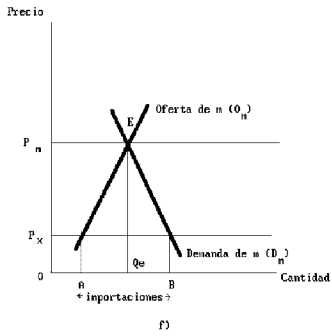
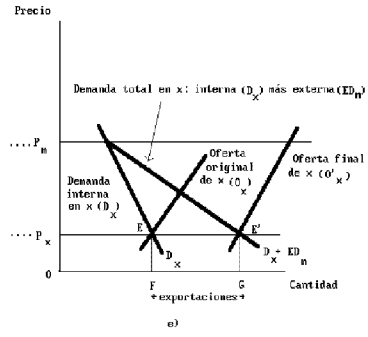
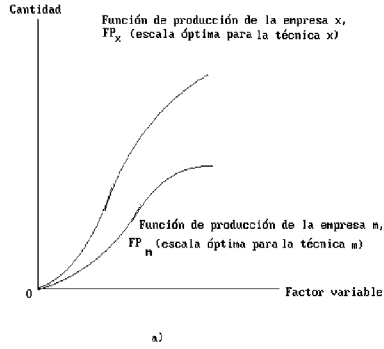
34

Supongamos ahora que ambos países acuerdan total libertad de comercio. Se forma un mercado mundial donde los precios más bajos se imponen al haber libre competencia en “todo el mundo”. Por consiguiente, el país pobre podrá acceder a un consumo mayor de la mercancía, pero sólo gracias a que el exceso de demanda que ahora genera el nuevo precio mundial (p_x) se cubre con exportaciones del país rico, que es capaz de obtener a ese precio la cantidad q^* , suficiente para abastecer su mercado interno más la demanda de importaciones del país pobre. Este desequilibrio comercial tiene consecuencias muy dispares para ambos países en términos de producción, empleo y tipos de interés. Veamos.

El país pobre, de técnica industrial menos desarrollada y altos costes, ve cómo se reduce su producción interna y cómo se hace con el grueso de su cuota de mercado el país rico. A esa caída en el mercado de las empresas nacionales se suma una caída del empleo productivo del país pobre. Mientras tanto, el país rico aumenta su producción y su empleo. Y todo ello se puede mantener porque el país pobre se endeuda con el país rico. Como no se puede suponer que las reservas que tiene el primero son infinitas, sólo podrá ser importador neto en tanto sea capaz de exportar oro o importar capital crediticio del país rico (en ambos casos se endeuda). Además, al país pobre le interesa endeudarse con el rico pues los tipos de interés estarán más bajos en éste (gracias al exceso de liquidez que puede provocar la llegada del oro desde el país pobre), mientras que la menor liquidez relativa del primero estará presionando al alza sus tipos de interés internos.

Por consiguiente, el país pobre, comerciando con el rico de acuerdo con el *principio del intercambio de equivalentes* (no del intercambio desigual), se convierte en importador y deudor, mientras que el rico se hace exportador y acreedor. Estos desequilibrios no se corri-

¹⁹ Otra de las simplezas más repetidas por los marxistas “yeyés” es que la clase obrera ha de ir vestida de mono azul o no es clase obrera. Pues no: la clase obrera, al menos para su teórico principal, un tal Karl Marx, era el conjunto de los asalariados (ocupados o parados), es decir, el conjunto de los trabajadores que tienen la mala fortuna de depender del ineficiente mecanismo de mercado no sólo en todo lo demás sino



gen por ningún mecanismo automático de variación de los precios nacionales (como pensaban Hume o Ricardo, y siguen pensando los teóricos neoclásicos defensores de la teoría cuantitativa del dinero), sino todo lo contrario. Si la situación que describe la figura 5, referida a un mercado (mercancía) particular es generalizable a la mayoría de las mercancías que son objeto del comercio mundial, el resultado es que los países pobres tenderán al déficit comercial estructural, mientras que los ricos tenderán a ser exportadores netos.

Por supuesto, esta nueva versión del principio de la ventaja absoluta (Shaikh, 1979/80; Guerrero, 1995) no desconoce que todos los países pueden tener ventajas absolutas en ciertas mercancías (por ejemplo, minerales, vegetales o animales de los que los ha provisto la naturaleza, o algunos de los productos “industriales” inmediatamente vinculados a ellos). Pero resulta que el comercio mundial real la inmensa mayoría de los intercambios son de productos en cuya producción cuenta sobre todo la técnica utilizada. Y en esas mercancías son los países ricos los que tienen toda la ventaja, dado que son ellos los que concentran cada vez más el grueso de la investigación científica y técnica (y sus resultados, empezando por: (a) los equipos productivos correspondientes y (b) el grado de formación general y específica de su fuerza de trabajo).

Partiendo de este modelo –teoría laboral del valor y su dimensión internacional: *ventajas absolutas*, en vez de ventajas comparativas– *se comprende ahora por qué las desigualdades entre los países ricos y pobres* (o Norte y Sur, o Centro y Periferia, como prefiera el lector) *son cada vez más importantes y crecientes*, como se recogía en las estadísticas que reflejaba la figura 3 (sección III.a de este artículo). Igual que la plusvalía y la explotación del trabajo son consustanciales con el intercambio de equivalentes (Marx, 1867), el desarrollo desigual es un resultado necesario del mundo capitalista aunque los países miembros lleven a cabo sus intercambios sobre la base del intercambio igual.

Evidentemente, un país pobre, importador y deudor, estará cada vez más obligado a hacer concesiones al país rico, exportador y acreedor. Si éste exige primero concesiones mineras o servicios urbanos, después reclamará instalar filiales para “crear puestos de trabajo”. En todo el proceso, *la reproducción de la desigualdad estructural no sólo se mantiene sino que se amplía*, y la desigualdad se refuerza porque la dependencia técnica y financiera viene a reforzar el círculo vicioso de la dependencia productiva y comercial. Los organismos internacionales, administrados como están por los intereses de los países ricos y poderosos en un mundo sin democracia verdadera, obligan a los países pobres a ajustar con dureza sus economías (es decir, a sacrificar aun más severamente a su población) para volver al raíl del que descarrilan de vez en cuando en el viaje sin fin que han emprendido todos hacia un desarrollo imposible (o más exactamente, *un desarrollo que es materialmente posible pero que es cada vez más retrasado por culpa de la forma social exigida por los países más ricos*).

Conclusiones

Se resumen en una. Un sistema basado en la libre competencia y en la empresa privada no puede resolver la creciente desigualdad mundial. Al contrario: la crea y recrea permanentemente, y además cada vez con más fuerza. La competitividad significa que la veda está permanentemente abierta para la caza del pobre por el rico. La mano invisible significa que cada cual se tiene que buscar sus propios intereses sin esperar del vecino ningún tipo de ayuda. Los doctrinarios del liberalismo piensan que éste es el mejor método para la eficiencia mundial. Sus apoyadores socialdemócratas insisten en que es mejor corregir los desagradables “efectos colaterales” del mercado con una intervención “social” del Estado y un gobierno político e institucional de la globalización que vele por los intereses populares.

Ambos se confunden y confunden. Por el contrario, los datos y el análisis serio demuestran que es una ilusión esperar de la combinación “mercado más Estado” nada que no sea más explotación, hambre y desarrollo desigual (recuérdese que los datos analizados ya incluyen los efectos de la corrección de los “bienintencionados” Estados). La globalización del liberalismo y su triunfo consisten en que han conseguido que mucha gente de todo el mundo (incluida Cuba) caiga en esa ilusión y se crea cualquier mentira. Pero los hechos y las verdades imponen siempre su fuerza, aunque sea a largo plazo.

Ha llegado la hora de luchar por una globalización anticapitalista seria. Es decir, que reclama: ¡Globalización, sí; capitalismo, no! No podremos poner las fuerzas productivas de nuestra sociedad del siglo XXI al servicio de la democracia de seis mil millones largos de habitantes de nuestro planeta si no acabamos con el intercambio igual y el desarrollo desigual que generan las relaciones de producción capitalistas. Acabar con eso no es cuestión de la noche a la mañana. Pero comenzar a denunciar a quienes se aplican a que la gente consuma este nuevo opio del pueblo –el liberalismo, especialmente el “blando”, que hace igual o más daño que el “duro”– es una obligación moral y un deber científico de los pobres, los asalariados y los que tienen interés por la verdad objetiva.

Bibliografía

- Bairoch, P. (1975): *The Economic Development of the Third World since 1900*, University of California Press.
- Bairoch, P. (1990): “Développement”, en X. Greffe, J. Mairesse, J.-L. Reiffers, eds., *Encyclopedie Économique*, París: Économica, vol. I, pp. 133-175.
- Bairoch, P. (1996): “Globalization myths and realities: one century of external trade and foreign investment”, en R. Boyer y D. Drache (eds.), *States against Markets*, Londres: Routledge.
- Bustelo, F.; Tortella, G. (1976): “Monetary inflation in Spain, 1800-1970”, *Journal of European Economic History*, V (1), pp. 141-150.
- Carreras, A. (1990): *Industrialización española: estudios de historia cuantitativa*, Madrid: Espasa-Calpe.

- Chattopadhyay, P. (1994). *The Marxian Concept of Capital and the Soviet Experience. Essay in the Critique of Political Economy*, Londres: Praeger.
- Espina, Á. (1995): *Hacia una estrategia española de competitividad*, Fundación Argentaria-Visor Distribuciones, Madrid.
- Guerrero, D. (1995): *Competitividad: teoría y política*, Ariel, Barcelona.
- Guerrero, D. (1996): “La técnica, los costes, la ventaja absoluta y la competitividad”, *Comercio Exterior*, 46 (5), México, mayo, pp. 400-407.
- Guerrero, D. (2000a): “¿Es posible una política económica alternativa dentro del capitalismo?”, *Filosofía, Política y Economía en el Laberinto*, 2, febrero, Málaga, pp. 66-87.
- Guerrero, D. (2000b): “Depauperación obrera en los países ricos”, en D. Guerrero (ed.): *Macroeconomía y crisis mundial*, Madrid: Trotta, pp. 225-243.
- Instituto de Estudios Fiscales (1976): *Datos básicos para la historia financiera de España, 1850-1975*, 2 vols., Madrid: IEF.
- Landes, D. (1999): *La pobreza de las naciones*, Barcelona: Crítica.
- Maddison, A. (1995): *Monitoring the World Economy. 1820-1992*, OCDE, París. [*La economía mundial, 1820-1992. Análisis y estadísticas*, OCDE, París, 1997]
- Marx, Karl (1867): *El Capital. Crítica de la Economía Política. Libro I*, Siglo XXI, Madrid, 1978, 3 volúmenes.
- Oxley, G. (2001): “La ‘tasa Tobin’ y el proteccionismo”, *La Riposte*, abril, París.
- Schwartz, P. (1968): *La economía política de John Stuart Mill*, Madrid: Tecnos, 1972 (ed. original en inglés).
- Shaikh, A. (1979/80): “Foreign trade and the law of value”, partes 1 y 2), *Science and Society*, otoño 1979 y primavera 1980.
- Tortella, G. (2000): *La revolución del siglo XX: Capitalismo, comunismo y democracia*. Madrid: Taurus.